

LECCIÓN 11: EL SELLO DE DIOS Y LA MARCA DE LA BESTIA – PARTE I

Después que el segundo ángel de Apocalipsis 14 emite la sentencia irreversible sobre la gran Babilonia, ya que prefirió exaltarse a sí misma (Apocalipsis 18:7) en lugar de “dadle gloria” (Apocalipsis 14:7) al Creador, el vidente de Patmos contempla a un tercer ángel que proclama a “gran voz” una solemne advertencia a no recibir la marca de la bestia (Apocalipsis 14:9-11). Será en la próxima entrega donde profundizaremos en relación con la identidad, obra y marca de la bestia. Sin embargo, es menester que desde ya dejemos claro en que consiste la marca que este poder usará para controlar y coaccionar a la humanidad. La mensajera del Señor afirma que “la marca de la bestia es el día de descanso papal, que ha sido aceptado por el mundo en lugar del día señalado por Dios” (*El evangelismo*, 174). De hecho, el mismo sistema romano se delata a sí mismo, al reconocer que el “domingo es la marca de nuestra autoridad” y que “la iglesia está por encima de la Biblia, y esa transferencia de la observancia del sábado es prueba de ello” (*The Catholic Record*, 1/09/1923).

Pero el mensaje del tercer ángel no es solamente una admonición en contra de la marca de la bestia. La inspiración nos dice que “el mensaje del tercer ángel es la proclamación de los mandamientos de Dios y la fe de Cristo Jesús. Los mandamientos de Dios han sido proclamados, pero la justicia de Jesús, dándole igual importancia, no ha sido presentada por los adventistas del séptimo día, haciendo que la ley y el evangelio vayan de la mano” (3 *Mensajes selectos*, 195). Lastimosamente, muchos comenten el trágico error de truncar el mensaje del tercer ángel, negándose a extenderlo hasta el versículo 12; un pasaje que constituye el corazón mismo de dicha alocución. En Apocalipsis 14:12 encontramos una referencia clara y directa a la justicia de Cristo, el único poder que mantendrá de pie a los santos mientras cruzan las oscuras y turbulentas aguas del “tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces” (Daniel 12:1). De hecho, la misma Elena de White estableció una equivalencia conceptual entre la justificación por la fe y el mensaje del tercer ángel, al afirmar que “el mensaje de la justificación por la fe... es el mensaje del tercer ángel en verdad” (1 *Mensajes Selectos*, 437). Históricamente este “preciosísimo mensaje” fue dado en 1888 por “el Señor... a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones” y a la vez se le adjudicó una gran repercusión y protagonismo escatológico, ya que habría “de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu” (*Testimonios para los ministros*, 91).

En el punto neurálgico del mensaje del tercer ángel, Juan describe al remanente final como los “santos... que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). Nótese que el pasaje en cuestión no dice que ellos “guardarán los mandamientos de Dios” hasta que Cristo los revista de incorrupción en su segunda venida. Tampoco dice que “intentan guardar los mandamientos de Dios”, entronizando así los deseos de la carne por encima de la gracia. ¡En ninguna manera! El texto dice claramente que los

santos “guardan los mandamientos de Dios”. Es decir, Juan ve antes que el Hijo del Hombre siegue la tierra (Apocalipsis 14:4-20) a “una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni ningún otro defecto... santa e intachable” (Efesios 5:27, NTV) a la cual Dios le ha concedido la victoria total sobre el pecado, un pueblo que “percibe los incomparables encantos de Jesús” y como resultado “el pecado deja de parecerle atractivo; porque contempla al Señalado entre diez mil, a Aquel que es enteramente codiciable” (*Fe y obras*, 11).

Seguramente te preguntarás: ¿Qué ha producido una obediencia tal? ¿El esfuerzo humano? ¿La autodeterminación? ¡No! Solamente la “fe de Jesús” (Apocalipsis 14:7) hace la obediencia una realidad, esta es la única fe que “se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios” (*Testimonios para los ministros*, 91). Es una fe sobrenatural la que impulsa al remanente a abrazar el poder transformador de las promesas impresas en cada mandato de la ley. Es una pena decirlo, pero el concepto imprescindible de la fe ha sido mal comprendido en el cristianismo. Hoy en día se nos dice por doquier que la fe consiste en creer en ti mismo. “¡Tú puedes hacerlo!”, “¡Eres un vencedor!”, “¡Naciste para conquistar!”, son algunas de las consignas de autoestima que acompañan ese falso concepto de la fe. Muchos han llegado a considerar que esa vil y hueca filosofía humanista es fe. Sin embargo, la fe es creer que yo no puedo y que Cristo todo lo puede, pues para Él no hay nada imposible (Lucas 1:37). La verdadera fe “abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre lo que éste no puede hacer por sí mismo” (*Testimonios para los ministros*, 456). La fe bíblica vive, se alimenta y depende, no de cada palabra que sale de la boca del hombre, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios. ¡Eso es fe! “La fe genuina se apropia de la justicia de Cristo” y no de su propia justicia, de tal manera que “el pecador es hecho vencedor con Cristo, pues se lo hace participante de la naturaleza divina” (1 *Mensajes selectos*, 426). Concluimos entonces que “la fe en la capacidad de Cristo para salvarnos en forma amplia, completa y total, es la fe de Jesús” (3 *Mensajes selectos*, 195).

Ahora, ¿de dónde proviene esa fe?, ¿cuál es su origen? Nótese que Apocalipsis 14:12 no dice que los santos tienen “fe en Jesús”, como si la fe fuese algo que ellos pudieran producir o perfeccionar, sino que poseen “la fe de Jesús”; es decir, la fe inquebrantable y perfecta de Cristo. Las Escrituras presentan la fe como un don de Dios. Pablo escribió que “por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8). También el apóstol declaró que Cristo es el “el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2). La inspiración respalda esta verdad al aseverar que “ni siquiera podemos producir nosotros mismos nuestra fe; ‘es un don de Dios’. La totalidad de nuestra salvación proviene del don de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.” (*Cada día con Dios*, 70). En plena armonía con los testimonios, el pastor E.J. Waggoner escribió: “Él nos imparte su propia fidelidad. Y lo hace dándose a sí mismo a nosotros. Así, no tenemos que obtener la justicia de nuestra propia manufactura, sino que, para hacer el asunto doblemente seguro, el Señor nos imparte en él mismo la fe por medio de la cual nos apropiamos de su justicia. Así, la fe de Cristo trae la justicia de Dios, porque la posesión de esa fe es la posesión del Señor mismo” (*Carta a los romanos*, 219). Así, la fe no es algo que el hombre puede producir, sino un “don perfecto [que] desciende de lo

alto, del Padre de las luces” (Santiago 1:17). Por lo tanto, es la apropiación de la fe de Jesús y no la producción de su propia fe, lo que caracteriza a la última generación de justos.

Y es que sólo una fe así será capaz de mantenerlos de pie en medio de la prueba, pues tendrán que enfrentarse a un sistema despótico que suprimirá todos sus derechos civiles, económicos y sociales; privándolos de alimento, trabajo, libertad e incluso, en algunos casos, de la vida misma. Es la fe de Jesús la que los capacitará para soportar la cruel ignominia, el hambre, la sed y el cansancio. Es la fe de Jesús la que les dará el temple para decir con gallardía ante la bestia y su imagen: “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3:17-18). Es la fe de Jesús la que les dará paz en medio del más ardiente crisol. Es la fe de Jesús la que les dará la fortaleza necesaria tras ser separados de sus familias cuando sean encerrados en las mazmorras más lóbregas, donde la soledad y el silencio turban la existencia. Es la fe de Jesús la que hizo que “no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte” (Apocalipsis 12:11, NVI). “Solamente la fe viva los hará invencibles, y los habilitará para subsistir en el día malo, manteniéndose firmes, Inconmovibles, y conservando firme hasta el fin el comienzo de su confianza” (*Consejos para los maestros*, 174). No existe una situación tan grande que doblegue o sacuda una fe de ese calibre.

Un día la última generación de la iglesia de Cristo demostrará que la fe no es solamente un asentimiento intelectual o una píldora de autoestima. Como dignos trofeos de la gracia, Dios exhibirá, a través de ellos que la “fe salvadora es la que obra por amor y purifica el alma” (*Fe y obras*, 48). Así, “la misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo” (*El Deseado de todas las gentes*, 625).

¡Cuánto anhelo recibir esa fe!, la fe que da la victoria sobre todo principado y potestad, la fe que confía, aunque el universo tiemble, la fe que produce verdadera y total obediencia, la fe que transforma el corazón, la fe que mantiene la armonía y nutre los más tiernos afectos en el hogar, la fe que extirpa todo espíritu contencioso y mantiene la unidad en la iglesia, la fe que tira por la borda la tibieza y nos despierta del coma laodicense, la fe que viene de Jesús. ¿Es tu anhelo también recibirla?

El mensaje del tercer ángel podrá ser vilipendiado, censurado o rechazado, pero Dios allanará el camino, abrirá las puertas que tenga que abrir y se encargará de que la tierra sea iluminada con su gloria. El mensaje “Cristo, justicia nuestra” ya comenzó a resonar en el mundo. No te resistas a la gracia de Dios. Contempla la cruz, cree en las promesas del pacto eterno, abrázalas mediante la fe, y tu vida será transformada hasta llegar “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Este precioso mensaje triunfará. Nada ni nadie podrá detener la viralización del evangelio, el cual “es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16). Finalizo con la siguiente declaración inspirada, la cual vaticina el triunfo definitivo de este “preciosísimo mensaje”:

“Tocad trompeta en Sion; dad alarma en el monte santo. Reunid a la hueste del Señor, con corazones santificados, para que escuchen lo que el Señor tiene que decir a su pueblo; porque él tiene más luz para todos los que quieran oír. Sean armados y equipados, y vengan a la batalla en auxilio de Jehová contra los fuertes. Dios mismo obrará en favor de Israel. Toda lengua mentirosa será silenciada. Manos de ángeles desbaratarán los designios engañosos que se están trazando. Los baluartes de Satanás nunca triunfarán. La victoria acompañará al mensaje del tercer ángel. Así como el Capitán de la hueste del Señor derribó los muros de Jericó, el pueblo que guarda los mandamientos del Señor triunfará y todos los elementos opositores serán derrotados” (Testimonios para los ministros, 410).

Autor: Oscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=781477960086727&set=a.590705622497296>